

ARTISTAS CÉLEBRES

GERMÁN HERNANDEZ¹

El dia 17 de este mes, despues de recibir los Santos Sacramentos, dejó de existir en Murcia, su pais natal, el esclarecido maestro don Germán Hernandez Amores.

Esa realidad que tanto horror pone en el corazón del ser pervertido por gastada conciencia y que el varon justo ve avanzar con tranquilidad y resignación admirables; esa realidad llamada muerte, se ha llevado con el célebre maestro, no tan solo uno de nuestros más profundos pensadores, sino la representación única y más genuina del arte clásico en España. Hernandez Amores era entre nosotros la personificación del clasicismo pictórico.

Identificado con las ideas estéticas del paganismo griego, saturado su espíritu del ideal clásico y formada su clarísima inteligencia con el estudio y contemplación de aquellos modelos y con la lectura de los mejores autores, habia que ver al insigne maestro en su amplio estudio, entre las bellezas artísticas por él creadas que le rodeaban, discutir con un tan gran caudal de conocimientos, que ya quisieran para si nuestros más aventajados émulos de Apeles, y con una tal y tan vasta erudición las excelencias de su escuela, y combatir con tantos y tan sólidos argumentos la falta de ideal y la sobra de groseros errores del realismo moderno.

Aquella figura venerable, trasunto del tipo helénico más original,

(1) La pérdida de un verdadero artista es para llorada por todo pueblo culto. Damos, pues, cabida en estas páginas al siguiente artículo con que nos ha favorecido nuestro querido amigo el autor del notable libro «Cristóbal Colón».

aquella alma noble y piadosa, aquel corazón de niño, aquel amigo del alma, sin hiel, todo bondad, aquella inteligencia privilegiada, no negó nunca ¿ni cómo había de negar? la existencia de lo bello en todo lo que nos rodea. Lo que él sostenía con toda la energía de su alma de artista y procuraba inculcar en el espíritu de cuantos le escuchaban era que la belleza, en cuanto es emanación de la divinidad, en cuanto es atributo exclusivo de Dios, belleza absoluta, no tan solo está en el objeto contemplado cuanto en la mente del contemplador. De ahí que su alma noble y cándida, abierta á todo lo bueno y generoso, deseara aproximarse á la perfección suma, á la belleza absoluta. Entre la capilla Sixtina, trasunto de la belleza ideal, mística, arrobadora, antesala de la suma perfección y la expresión de brutal realismo del *Expoliarium*, bellísima pero feroz encarnación de las humanas pasiones, Hernandez Amores no titubeaba en la elección.

Pero á quienes D. Germán Hernandez aborrecía más que nada y fustigaba sin piedad era á los mercenarios del arte; á los que sin derrotero fijo, sin ideal, sin fé, «con gusto realista, prosáico y vulgar que confunden á la continua para lograr el aplauso, la celestial Venus Urania con la diosa impura de las pasiones inferiores», escogen de aquí y de allí aquello que únicamente pueda impresionarnos, con el solo y exclusivo fin de satisfacer las exigencias del espíritu frívolo que en estos momentos caracteriza desgraciadamente casi todas nuestras acciones; contra esos falsos sacerdotes del templo del arte divino, Hernandez Amores era cruel, irreconciliable, y no perdonaba medio para arrojarlos con vilipendio del alcázar de sus amores.

Alma generosa, apasionada del ideal más noble, en la incertidumbre infecunda en que se agita el espíritu moderno, en los momentos de duda por que atraviesa el arte, tenia Hernandez Amores esperanza consoladora de un porvenir más risueño.

«Es de creer—decía en su hermosísimo discurso de recepción en la Academia de San Fernando—que después de las graves cuestiones que agitan los espíritus, después que se haya encontrado, si no una solución completa, que no se encontrará, á las exageradas pretensiones actuales, al menos se encuentre algo que mitigue y haga llevadero el malestar que esas pretensiones revelan y se entre en un periodo de tranquilidad relativa, estableciéndose en el hombre el posible equilibrio entre las exigencias perentorias de la vida y las necesidades del espíritu; cuando pase el turbión materialista que arrastra gran parte de

la sociedad moderna; cuando la negra duda se disipa al entrar en nuestra mente un rayo de luz y vemos que la santa naturaleza no es santa virtualmente sino en cuanto refleja á la divinidad, entonces, teniendo algo grande a que dirigirnos, otra vez brillará el arte con vivísima luz, iluminando nuevos y dilatados horizontes.

Por impulsión divina la humanidad marcha lentamente hacia región serena de amor y fraternidad; trabajemos todos, cada uno en la medida de sus fuerzas, en allanar el áspero camino.»

No son elogios los que arranca de mi mal cortada pluma los merecimientos del ilustre maestro; leánsese sus escritos, estúdiense sus obras y no se olviden las alabanzas que han merecido de propios y extraños la genial intervención que ha tenido Hernandez Amores en los progresos del divino arte.

Lo que ha de llamar la atención, luego que sean conocidas de todos, más que sus obras pictóricas, con ser estas de méritos tan sobresalientes, son sus obras literarias que deja inéditas y no terminadas, acerca de la belleza. Es tan original cuanto deja consignado en sus escritos sobre un asunto del que tanto se ha usado y abusado, son tan nuevos y tan sorprendentes sus juicios, que yo se de algun maestro que solicitó las cuartillas para enseñar á sus alumnos las bellezas de sus doctrinas. Sin ir más lejos, el discurso que leyó en la Escuela Central de Artes y Oficios al inaugurararse el curso de 1577-78, tuvo el raro privilegio de ser traducido al inglés, al italiano y al alemán. El catalogo de sus obras es numeroso, y en nuestro sin par Museo del Prado existen muchos como acabados modelos de originalidad, colocado, dibujo y ejecución donde poder estudiar nuestros artistas.

La personalida múltiple de D. Germán Hernandez, como artista esclarecido, pensador profundo, literato facil, espontáneo, correcto y elegante, durará en la historia tanto como dure el arte. Su carácter afable y bellísimo, su fe religiosa, su amor á la familia que era entrañable, y á sus amigos que eran tantos y tan entusiastas cuantos le conocian y juzgaban sus obras, y otras muchas prendas y cualidades bellísimas que hacian de D. Germán un hombre solicitado por todos, vivirán también en el corazón de sus amigos en todos los momentos de la vida.

Descanse en paz el maestro insigne, el amigo del alma.

FRANCISCO SERRATO.
